Horacio Capel.

El Modelo Barcelona: un examen crítico.

Barcelona: Ediciones del Serbal (2005).

En esta oportunidad, el conocido geógrafo español Horacio Capel analiza el denominado “modelo Barcelona”. El texto, elaborado para una conferencia dictada en el Décimo Coloquio Internacional sobre Arquitectura y Patrimonio celebrada en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara de 2004, se encuentra dividido en 17 capítulos, y constituye una fuente de innegable valor para comprender los motivos, acciones y alcances del plan de transformación realizado en la ciudad de Barcelona, así como para conocer las opiniones, discursos y debates surgidos en torno a él.

La forma de abordar esta temática pareciera no diferir demasiado de lo hasta ahora publicado al respecto, toda vez que el estudio se centra en dos ejes principales: el urbanístico –examinando las intervenciones realizadas en diferentes escalas y su evolución histórica– y los contenidos más importantes del “modelo”. Sin embargo, en su análisis Capel introduce dos consideraciones, sobre las que se insistirá a lo largo de todo el texto: por una parte, el reconocimiento de una extensa lista de déficit, problemas y externalidades negativas hoy evidenciadas en la ciudad, y por otra, la noción relativa a que “Barcelona no es un modelo”, puesto que lo realizado en esta ciudad fue llevado a cabo sin una visión gene-

ral de la misma y de los objetivos a alcanzar, tomando como marco referencial solamente el Plan Regulador Metropolitano de 1974. Por ende, lo realizado en Barcelona sólo puede ser aplicable a ella misma. Es justamente en estas consideraciones donde radican la fortaleza y riqueza de la obra reseñada: la desmitificación de un proceso urbano que insistentemente se ha tratado de imitar y trasplantar hacia otros rincones del planeta, especialmente a Latinoamérica.

Capel expresa que entre 1940 y 1970, al igual que la mayoría de los países tercermundistas, España decidió otorgar un fuerte impulso al rol industrial de algunas regiones, entre ellas Barcelona, lo cual llevó rápidamente a un aumento del dinamismo económico; sin embargo, éste no fue acompañado de programas efectivos de asistencia social, lo que tuvo entre sus consecuencias elevados déficit de vivienda y de equipamiento urbano. La recuperación democrática coincidió con la crisis económica iniciada en 1973, que significó fuertes alzas en el desempleo y una contracción del sector de la construcción, lo cual detuvo a su vez los movimientos inmigratorios (e incluso produjo un retroceso de éstos). La contracción económica corrió aparejada a la paralización de un plan de construcción de polígonos de viviendas, dirigiendo la atención de los

ciudadanos a la conservación, mejoramiento y reutilización de las viviendas, especialmente del casco antiguo de la ciudad. La década de los ochenta, enmarcada por el repunte de la economía, tuvo un predominio de “operaciones puntuales”, que en número de más de 150 llevaron al mejoramiento de determinadas áreas de la ciudad. Esto coincidió con la llegada de recursos provenientes de la Unión Europea, los cuales fueron destinados a inversiones en infraestructura de gran alcance con derribo de manzanas enteras, apertura de calles, remodelación del puerto y del frente marítimo. En 1986 Barcelona obtuvo la concesión de los Juegos Olímpicos, lo cual aumentó y auspició el ritmo de la construcción, concibiéndose las Olimpiadas como un “proyecto de reconversión de la ciudad”. El autor realiza una evaluación de esta transformación urbana señalando que se intentó lograr un predominio de la calidad por sobre la cantidad, pero que no obstante, muchas veces no se logró ni lo uno ni lo otro.

Los rasgos positivos de esta transformación urbana han sido ampliamente difundidos en innumerables escritos, que han abordado tanto sus dimensiones urbanísticas como las sociales, de participación y económicas. Sin embargo, las decisiones tomadas a lo largo de las décadas del ochenta y noventa han traído aparejadas además una serie de consecuencias negativas que van descomponiendo este “modelo”, demostrando que a pesar de las grandes intervenciones y algunos acertados emprendimientos, Barcelona evidencia errores y falencias comu-

nes al resto de las urbes (especialmente iberoamericanas), problemas necesarios de conocer con el fin de obtener una real dimensión de este “modelo barcelonés”.

Así, se sostiene que el ideal de ciudad compacta ha sido superado; éste ya no existe –al menos fuera de la ciudad central-, modificado por iniciativa de propietarios del suelo, promotores inmobiliarios y autoridades municipales. Los niveles de alta densidad sólo pueden ser aplicados a la ciudad principal, pero el espacio alrededor correspondiente al Área Metropolitana o Región Metropolitana se caracteriza cada día más por el triunfo del automóvil y la proliferación de viviendas de mayor tamaño y menor precio. A esto se agrega la tendencia a la expulsión de las antiguas industrias del centro de la ciudad, lo que compromete la movilidad de las personas que en ellas trabajan; de este modo, se produce un abandono de las viviendas dentro del casco urbano.

Otros problemas que han comenzado a ser evidenciados dicen relación con la carencia de jardines y parques urbanos adecuados al incremento de la población, la inexistencia de un organismo de gestión del Área Metropolitana y de la Región Metropolitana, deficiencias en el transporte público, ausencia de planes de vivienda social efectivos, etc. Se afirma además que las transformaciones urbanas realizadas han prestado poca atención al patrimonio existente, no sólo monumental, sino que al conjunto del patrimonio histórico edificado, convirtiéndose éstas muchas veces en verdaderos atentados a la memoria colec-

tiva, lo que el autor atribuye a la prepotencia, egocentrismo y autocomplacencia de que pueden llegar a hacer gala los arquitectos: “Son bastantes los que se consideran nuevos Gaudí o Le Corbusier, aunque un buen número sean simplemente unos practicones, y a veces sin imaginación ni cultura” (p. 85).

En términos generales, Capel plantea que de lo ocurrido en Barcelona es posible extraer dos conclusiones: la primera, que podría ser denominada optimista, expresa que sí es posible mejorar los problemas de las grandes ciudades; y la segunda, realista, señala que para realizar transformaciones profundas es necesario contar con un tiempo adecuado y prolongado, junto con condiciones económicas, sociales y políticas adecuadas. Es decir, en materia de urbanismo no es posible encontrar modelos generales: lo ocurrido en Barcelona no sirve ni servirá fuera de esta ciudad, ni puede ser repetido –por ejemplo- en Latinoamérica, a pesar de los esfuerzos realizados por especialistas y gestores barceloneses o por los mismos latinoamericanos tras prolongados estudios en la Madre Patria. Es por ello que “se ha de partir siempre de la propia realidad, de los problemas que están planteados, y tratar de darles respuesta inmediata” (p. 25).

El éxito de una transformación urbana se encuentra más allá del mero “copiar” modelos; antes bien, radica en un cambio de actitud por parte de los gestores urbanos. Se encuentra asimismo en mejorar la propia capacidad de poner en marcha acciones y conjugar un poder de relación de dis-

tintas variables socioespaciales, junto con una adecuada percepción de la economía mundial (considerando, por ejemplo, la globalización y liberación de los mercados). De acuerdo con esto, se necesitan gestores que sean capaces de escuchar la opinión de los ciudadanos y que amplíen su capacidad de crítica, no sólo alabando las situaciones positivas, sino además siendo capaces de levantar la voz en circunstancias adversas para la ciudad. El autor tiene la impresión de que tanto los arquitectos como los ingenieros son los únicos especialistas que toman decisiones en materia urbana, y afirma que ellos “se han apoderado del campo de la construcción de la ciudad, pensando que es sólo urbanismo, que sólo tiene que ver con la *urbs*. No tienen en cuenta que la ciudad es también *civitas*; y que por ello ha de ser un campo integrado, en

colaboración con otros especialistas de lo social” (p. 92).

Es necesario, por ende, plantear una nueva forma de hacer urbanismo desde abajo, estructurada en dos grandes pilares: democracia y presión popular. En este marco, el debate debe ser lo más amplio posible, pero no sólo entre especialistas, sino considerando las opiniones y visiones populares sobre los problemas y las necesidades existentes, de modo de configurar un urbanismo más atento a las necesidades de la población de menores recursos. Para ello es necesario que los científicos sociales asuman su verdadera responsabilidad, exigiendo transparencia y debate público de todos los proyectos urbanos; en palabras del autor, es su deber “poner a los políticos y a los técnicos verdaderamente al servicio de los ciudadanos, de sus aspiraciones y de sus necesidades” (p. 106).

En definitiva, el texto de Capel nos entrega una visión crítica del “modelo Barcelona”, capaz de otorgar los elementos necesarios para que cada uno de los lectores sea capaz de reconocer tanto sus virtudes como defectos. A lo largo de sus páginas, se llama a los técnicos o estudiosos de las disciplinas urbanísticas a no dejarse ilusionar por las soluciones implementadas en otras latitudes; antes bien, es menester considerarlas como alternativas propias de un lugar, muchas veces exitosas, pero a fin de cuentas intransferibles. Es necesario conocer a cabalidad los aspectos sociales, culturales, económicos y políticos de cada ciudad, sin olvidar la temporalidad y el peso de la historia: sólo de este modo se logrará construir, afianzar y sustentar un adecuado modelo de desarrollo para nuestras urbes.

Rafael Sánchez*

* Licenciado en Historia y Licenciado en Geografía, P. Universidad Católica de Chile. E-mail: rsanchez@geo.puc.cl.